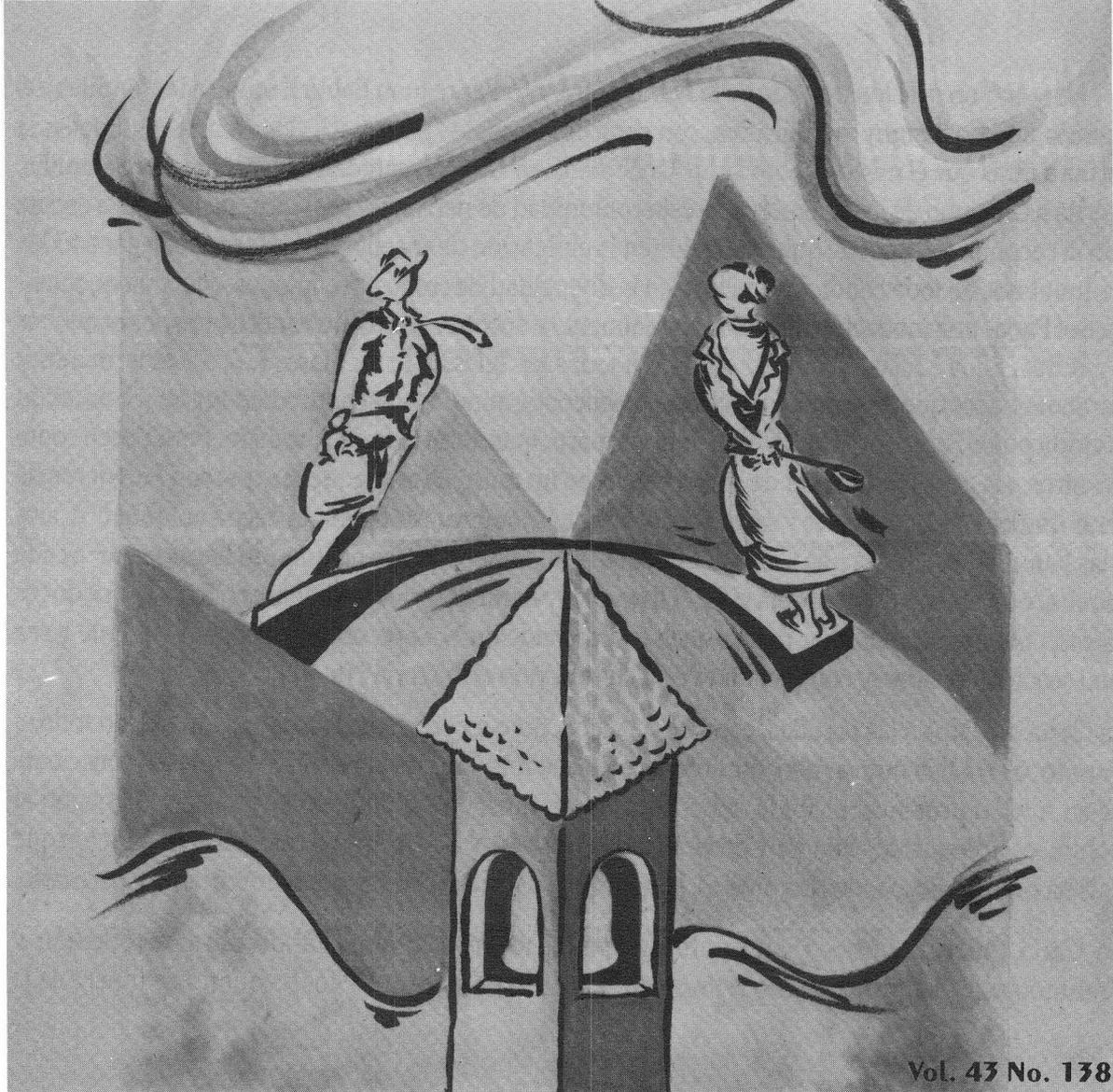


1977
REVISTA DE
CULTURA
Y LINGÜÍSTICA
N.º 138

POR: LUIS FERNANDO RODRÍGUEZ V.

UNA CARTA, UN MENSAJE, UNA ESPERANZA



09

Con ocasión del Año de la Familia, el Santo Padre Juan Pablo II envió a las familias del mundo una Carta muy significativa, con características de "personal". Una Carta distinta en la forma a otras que él mismo ha enviado. La diferencia está en la metodología: escrita a cada familia, escrita a cada uno de los miembros de esta comunidad de personas. Más aún, es una Carta escrita con la cercanía y el afán de quien se siente en la obligación de enseñar la verdad y de llegar a todos los hombres, de toda condición, incluso en la diversidad de credos y religiones. "La mía es, pues - dice el Papa- una invitación dirigida especialmente a vosotros, queridos esposos y esposas, padres y madres, hijos e hijas. Es una invitación a todas las Iglesias Particulares (...); a los hermanos y hermanas, a los que nos une la fe común en Jesucristo, aunque no vivamos aún la plena comunión querida por el Salvador; a todos aquellos que, participando en la fe de Abraham, pertenecen como nosotros a la gran comunidad de los creyentes en un único Dios; a aquellos que son herederos de otras tradiciones espirituales y religiosas; a todos los hombres y mujeres de buena voluntad" (Carta a las Familias, n. 23). Es una Carta, repito, que el Sucesor de Pedro ha querido hacer llegar a cada familia, y en el seno de su propia casa; él llama a la puerta de todos los hogares (cfr. n. 1) y se dirige "a cada familia de cualquier región de la tierra donde quiera que se halle geográficamente y sea cual sea la diversidad y complejidad de su cultura y de su historia" (n.4).

La Carta del Papa a las familias, como lo he dicho, tuvo su origen en la celebración que en todo el mundo se está llevando a cabo, durante este año, en relación con la Familia. La Iglesia, consciente de su misión profética, recibida del mismo Señor, quiso hacer también suya esta celebración al punto, -es una constatación muy generalizada que de hecho es la Iglesia católica la Institución que más ha impulsado, a todos los niveles, la reflexión en torno a este tema tan importante y necesario.

La Carta quiere, pues, ser un punto de apoyo, un instrumento válido para la reflexión y profundización sobre lo que es y representa la familia, sobre lo que Dios ha querido y quiere de la

familia, sobre el modelo auténtico de familia que realmente necesitan el mundo y la sociedad en general.

Leyendo la Carta aparecen unos puntos de especial importancia sobre los cuales me permito ahora hacer alguna sencilla alusión. En primer lugar con relación a los destinatarios y su metodología: una carta; en segundo lugar con relación al mensaje que transmite y, finalmente, la invitación a la esperanza que lleva explícito e implícito en el conjunto de este documento.

UNA CARTA

Quien se encuentra lejos de su familia, de su tierra y de sus amigos, siente una gran alegría cuando encuentra una carta dirigida a él. Antes de abrirla el corazón se estremece. Algo que es propio ha llegado. Los vínculos de la unión familiar y de la amistad se estrechan, y se establece un diálogo sin palabras que se siente y llega al alma.

Es esta la intención que ha movido al Santo Padre, Juan Pablo a escribir UNA CARTA A LAS FAMILIAS: estremecer los corazones de los hombres con un mensaje, si no nuevo, sí lleno de fuerza y de entusiasmo.

Ha tenido a bien, el Santo Padre, utilizar una metodología sencilla y a la vez eficaz, de modo que su mensaje pudiera llegar al mayor número posible de personas. Ante todo hay que anotar que los primeros destinatarios de la misma son las mismas familias. Así como otros documentos están dirigidos, incluso por su estilo y contenido, a un grupo de personas especiales como Obispos, sacerdotes, formadores de seminarios, moralistas, responsables de los medios de comunicación, etc. (por citar algunos ejemplos recientes), la Carta tiene como objetivo central los miembros de la comunidad familiar.

En un sentido más amplio, la destinataria principal es la entera humanidad de la que hacen parte todos los hombres con su historia y su condición. El Santo Padre es consciente

de la imperante necesidad de defender el hombre, incluso del mismo hombre, el cual, impulsado por su pecado y sus intereses, muchas veces individuales y marcados por un excesivo egoísmo, quiere construirse un mundo de acuerdo sólomente con sus apetencias.

Ciertamente que el primer objetivo sobre el cual pone su mirada resulta siendo la familia. Aquella institución que desde siempre ha representado el fundamento de lo que el hombre y la sociedad necesitan para su perfeccionamiento y normal desarrollo. Más aún, la familia que existe para el bien del mismo hombre, requiere de todas las ayudas necesarias para su tutela, sobre todo en un momento como el actual, en donde una mentalidad cambiante y oscilante pretende hacer de los valores perennes existentes, objeto de discusión, con el serio peligro de relativizar todo su valor y profunda significación.

Una carta que es escrita con amor de padre y pastor para que, como dice el mismo Juan Pablo II, "se comprenda qué grandes bienes son el matrimonio, la familia y la vida; qué gran peligro constituye el no respetar estas realidades y una menor consideración de los valores supremos en los

que se fundamentan la familia y la dignidad del ser humano" (n. 23).

Las sombras que desean cubrir el mundo, las fuerzas del mal que pretenden dominar la humanidad, son sólo un punto de partida para mostrar, por el contrario, que "Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman" (Rom. 8,28). Es decir, el cúmulo de pecado que se vuelca inclemente hacia el mundo no es, ni puede serlo, la única realidad a la que los hombres puedan hacer referencia, pues los aspectos positivos que nos rodean son muchos. La familia hace parte, entonces, de "las cosas para el bien" del hombre. Lo que la Carta quiere, como uno de sus objetivos, es que seamos capaces de hacer un discernimiento adecuado entre el bien y el mal, que podamos descubrir "el esplendor de la verdad" con relación a la familia y a la vida, que podamos distinguir lo que viene de Dios y lo que es obra humana.

A este propósito la insistencia del Santo Padre es evidente: La familia tiene su origen en Dios, fuente de todo bien. "La familia -afirma el Santo Padre- desde el principio constituye un tesoro de la Iglesia" (n. 23); es un bien para el hombre y la entera humanidad (cfr. Exhortación Apos-tólica

**UNA CARTA QUE ES ESCRITA
CON AMOR DE PADRE Y PASTOR
PARA QUE, COMO DICE EL
MISMO JUAN PABLO II, "SE
COMPRENDA QUÉ GRANDES
BIENES SON EL MATRIMONIO, LA
FAMILIA Y LA VIDA; QUÉ GRAN
PELIGRO CONSTITUYE EL NO
RESPECTAR ESTAS REALIDADES Y
UNA MENOR CONSIDERACIÓN DE
LOS VALORES SUPREMOS EN LOS
QUE SE FUNDAMENTAN LA
FAMILIA Y LA DIGNIDAD DEL SER
HUMANO" (N. 23).**

“Familiaris
Consortio”, n. 3).

El tono de esta Carta está caracterizado por un profundo sentido de confianza en Dios. Más aún, es toda una oración. El Santo Padre quiere que sea vista así. Aspira él que sea acogida como una “oración de la familia, por la familia y con la familia” (n. 4). Su palabra es toda una invocación al Padre, “de quien toma nombre toda familia”, y ante quien “dobla sus rodillas” (Ef. 3, 14/15) en acción orante y suplicante. Al texto de San Pablo apenas citado, Juan Pablo II hace referencia en 10 ocasiones a lo largo de toda la Carta en los siguientes números: 7 (4 veces), 9, 11, 15, 16, 23 (2 veces). Para el Papa, estas palabras del Apóstol de los gentiles “son, en cierto modo, palabra clave” (n. 23). Es por ello que incluso, adquiere una dimensión altamente meditativa: “Doblo mis rodillas ante el Padre del cual toma nombre toda paternidad y maternidad “para que os conceda... que seáis fortalecidos en el hombre interior” (Ef. 3, 16)” (n. 23).

Al acercarnos con atención a cualquiera de sus partes no queda sino el sentimiento profundo de que se está hablando a Dios y, que a la vez, se le está escuchando. No hay número en la que la Palabra revelada no sea citada. Hay un factor, para mí novedoso, en la presentación de esta Carta: es la invitación para que

CARTA ORANTE, ASÍ LA DEFINIRÍA, CON UNA CARGA AMPLIA DE ESPIRITUALIDAD. ELLO HACE QUE ALGUNAS DE SUS PARTES REQUIERAN UNA COMO “SEGUNDA LECTURA”, CON EL FIN DE PODERLAS COMPRENDER EN SU CABAL SIGNIFICACIÓN.

escuchemos a Dios que hoy nos habla también a través del testimonio positivo y alegre de tantas familias que son, conscientes de su misión, testigos de la buena nueva de la familia.

Carta orante, así la definiría, con una carga amplia de espiritualidad. Ello hace que algunas de sus partes requieran una como “segunda lectura”, con el fin de poderlas comprender en su cabal significación.

En general está escrita con términos sencillos, pero con el estilo peculiar de Juan Pablo II, quien en sus escritos prefiere utilizar un sistema reiterativo, sobre temas concretos, con la finalidad de enfatizar en algunos puntos que desea dejar muy claros.

Regreso, pues, a los destinatarios de la Carta. Pasan por la mente y el corazón del Santo Padre todas y cada una de las familias del mundo, tanto las que continúan viviendo su unión matrimonial en plena armonía y fidelidad, lo cual considera como la regla, lo común también en nuestros días (cfr. n. 5), así como las familias en peligro, las que pasan por momentos de crisis y las que se han destruido. Para todas hay una palabra de aliento, una voz de esperanza.

Pero es interesante observar cómo el Santo Padre aborda también a cada uno de los

miembros de la familia en particular: los esposos, los padres e hijos, ad intra, en el conjunto de relaciones conyugales, de paternidad y maternidad, filiales y de fraternidad y, ad extra, en las relaciones con la misma sociedad con las implicaciones conexas a ella (políticas, económicas, sociales, etc.). No olvida ninguna persona. Antes, por el contrario, hace especial énfasis en un aspecto, diría, de proyección de las familias.

Al respecto, es importante anotar la reflexión que hace el Papa con base en el texto de Mateo 25, 34-36, referente al juicio final. Seremos juzgados en el amor, en la caridad, afirma, incluso con palabras de San Juan de la Cruz (cfr. n.22). Es aquí en donde invita a las familias a abrirse a los más necesitados. Las exhorta a una vivencia real y efectiva de la caridad social no sólo en el interior mismo de cada familia, "escuela de virtudes sociales", como lo anota en la "Familiaris Consortio", n 36 y 37, sino también hacia fuera, hacia los pobres y abandonados. Un signo elocuente del amor manifestado hacia los más pobres es el efectuado en la adopción. Veamos cómo lo dice el Santo Padre aplicando el texto de San Mateo, antes citado: "Fui niño todavía no nacido y me acogísteis permitiéndome nacer; fui niño abandonado y fuísteis para mí una familia; fui huérfano y me habéis adoptado y educado como a un hijo vuestro" (n. 22).

Estamos acostumbrados a las cartas y a los escritos. Esta no puede ser recibida como un escrito más, o como un cúmulo de papel frío y

sin sentido alguno. Es esta una Carta, tengo que repetirlo, escrita con amor y esperanza.

UN MENSAJE

La Carta tiene una estructura sencilla. Unos números introductorios (nn. 1 - 5), una primera parte con el título "La Civilización del Amor" (nn. 6 - 17) y una segunda parte: "El esposo está con vosotros" (nn. 18 - 23).

Leyendo los títulos de cada número, se puede hacer una división temática, pienso, en tres secciones: el plan de Dios sobre la familia, los retos de la familia hoy, y elementos para una espiritualidad familiar.

Estos serían, de una manera muy general, los principales aspectos sobre los cuales el Santo Padre quiere hacer un especial énfasis y que, de acuerdo con su estilo particular, aparecen a lo largo de la Carta.

Dios es el autor del matrimonio. El mismo estableció que el hombre "deje su padre y su madre, se una a su mujer y conformen una sola carne" (Gen. 2,24). Es el Señor quien, precisamente por conocer al hombre y sus necesidades, manifestó su expresa voluntad de crear la familia. Esta tiene su base y su origen en el mismo Dios, para bien y tutela de la naturaleza misma del hombre.

El matrimonio, por consiguiente es de derecho natural. Por curiosidad leamos la definición que de familia hace la Carta de los derechos de la familia de la Santa Sede en el preámbulo:

“La familia está fundada sobre el matrimonio, esa unión íntima de vida, complemento entre un hombre y una mujer, que está constituida por el vínculo indisoluble del matrimonio, libremente contraído, públicamente afirmado, y que está abierta a la transmisión de la vida. El matrimonio es la institución natural a la que está exclusivamente confiada la misión de transmitir la vida”. Es este el pensamiento de la Iglesia desde siempre. En una colección laica, por así denominarla, como es la Enciclopedia RIALP, se dice: “Aristóteles entiende por OIKOS (Familia) una convivencia querida por la misma naturaleza para los actos de la vida cotidiana”, es decir, algo basado en la propia naturaleza para cumplir el fin para el que ha sido querida, que no es otro que el de la conservación de la vida individual (satisfacer sus necesidades físicas y espirituales) y la de la especie (engendrar y educar nuevos hombres).

Su esencia consiste en una profunda e interna unidad. “La familia es una comunidad suprapersonal de hombre, mujer e hijos, una comunidad de valores con plenitud humana, formada de acuerdo con el plan divino del mundo” (H. Henz, “Tratado de pedagogía

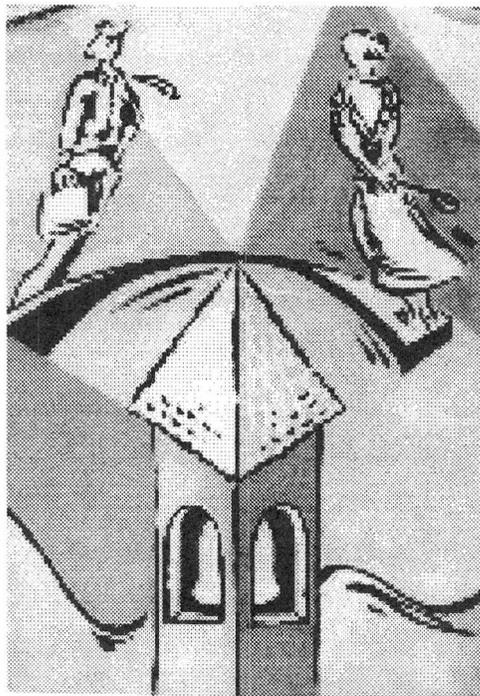
sistemática”, Barcelona 1968, 218). (Gran Enciclopedia Rialp, “Familia”, tom. IX, 3a. ed. 1984. pg. 715).

Ahora bien, las características esenciales del matrimonio que aparecen ya descritas en las definiciones de lo que es la familia, en sentido natural estrictamente hablando, como son la unidad, la indisolubilidad y la apertura a los hijos, adquieren una especialísima fuerza,

para los católicos, en razón del sacramento: “Las propiedades esenciales del matrimonio son la unidad y la indisolubilidad, que en el matrimonio cristiano, alcanzan una particular firmeza por razón del sacramento” (Código de Derecho Canónico, can. 1056).

Las palabras de Jesús, a las cuales se hace alusión con tanta frecuencia, y las referencias a San Pablo, por ejemplo, son un signo elocuente de cómo la familia fue y es querida

por Dios, y no puede el hombre, ni ninguna institución, cambiar lo que el mismo Señor se ha dignado erigir. Muy claros son los términos utilizados por el Catecismo de la Iglesia Católica cuando alude al tema de la indisolubilidad del matrimonio: “La Iglesia no



tiene poder para pronunciarse contra esta disposición de la sabiduría divina" (n. 1640).

Un primer aspecto, que aparece cada vez con mayor fuerza en la Carta es la idea de que la familia, fundada en el matrimonio y abierta al don de los hijos, es una institución creada y querida así por el Padre y Creador del Universo.

Unida a esta convicción aparece una certeza: Dios está en medio de nosotros. Dios está en medio de las familias, las acompaña en su caminar, "El esposo está con vosotros" (n. 18). Es la convicción que debe animar a las familias a vivir intensamente su vida de hogar, conscientes de que, como dice San Pablo, "¿Quién nos podrá separar del amor de Cristo? ... estoy persuadido que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios (manifestado) en Cristo Jesús, nuestro Señor" (Rom. 8, 35.37-39).

El matrimonio no es, ni podría serlo, un peso imposible de llevar. Dios da a cada hombre lo que puede llevar según sus capacidades y posibilidades. No podría asfixiarlo con un yugo superior a sus fuerzas. La familia y el matrimonio -su base y fundamento-, son camino de perfección; del hombre y de la

humanidad. ¿Acaso la afirmación tan conocida del Decreto Conciliar "Apostolicam Actuositatem en el n. 11": "La familia es la célula vital y primordial de la sociedad", no da a entender precisamente que sin la familia, la sociedad y por consiguiente el mismo hombre se perderían en vacío? Retorno a una idea ya enunciada: la familia y el matrimonio han sido creados para bien del hombre y de la sociedad.

Pero el mundo en el cual nos encontramos pasa por un momento difícil; se da la impresión de estar convirtiéndose en una "civilización enferma" (n.20), sin valores, opuesta en tantos

aspectos a una auténtica "civilización del amor" (n. 13), de la que la "familia es el centro y el corazón" (ibid).

Hay que trabajar intensamente por educar a las nuevas generaciones en lo que es la "verdad sobre el hombre" (cfr. n. 13) y el auténtico sentido de la libertad (cfr. n. 14). Una

errónea concepción del hombre lo destruye, una falsa interpretación de la libertad lo esclaviza. Un ejemplo de la esclavitud, y de la injusticia provocada por una equivocada vivencia de la libertad, es el llamado "amor libre", por el que hay en el mundo tantos "Huérfanos de padres vivos" (n. 14). Respetar el hombre y su dignidad, y vivir la auténtica libertad, es

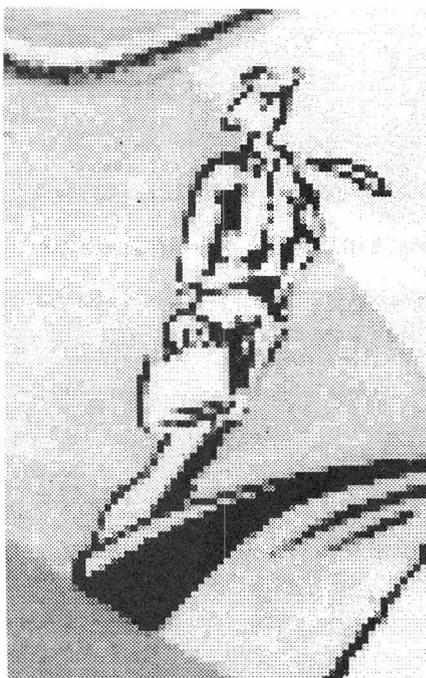
**UN PRIMER ASPECTO, QUE APARECE
CADA VEZ CON MAYOR FUERZA EN LA
CARTA ES LA IDEA DE QUE LA FAMILIA,
FUNDADA EN EL MATRIMONIO Y ABIERTA
AL DON DE LOS HIJOS, ES UNA
INSTITUCIÓN CREADA Y QUERIDA ASÍ
POR EL PADRE Y CREADOR DEL
UNIVERSO.**

también un mensaje que aparece en la Carta del Papa a las familias.

UNA ESPERANZA

No todo se ha acabado con relación a la familia. Es esto lo que se nos quiere indicar en la Carta el Santo Padre sobre la cual reflexionamos. "La Familia es el camino de la Iglesia - afirma Juan Pablo II-. En esta Carta deseo profesar y anunciar a la vez este camino, que a través de la vida conyugal y familiar lleva al reino de los cielos" (cfr. Mt. 7,14) (n.14).

No podemos negar que los actuales momentos y circunstancias no son los mejores para la institución familiar. Las fuerzas de oposición, como lo hemos visto, son enormes. Las familias "modelo", las bien constituídas, que son tantas, aparecen ante el mundo como un signo de contradicción; en otras palabras, se da la lucha permanente entre las fuerzas del mal contra las fuerzas del bien. La familia ha sido tomada como punto focal de todos los ataques. Destruyendo la Familia, que es la auténtica escuela de valores y tutela de la verdad sobre el hombre y su dignidad, se abrirían todas las



puertas, aún las más inimaginables, a un libertinaje total. Esta situación, de darse, provocaría, con el efecto de un boomerang, una esclavitud terrible, destructora del mismo hombre y, por consiguiente, de toda la sociedad.

Pero el Papa es optimista, y con un tono positivo y esperanzador quiere en esta Carta resaltar lo bueno, lo positivo, lo sagrado de la institución familiar. En una expresión realmente significativa de la Carta, se puede percibir la línea de continuidad en relación con la Exhortación Apostólica "Familiaris Consortio" en la que afirmaba que "la familia posee y comunica todavía hoy energías formidables capaces de sacar al hombre del anonimato ..." (n. 43). En la Carta afirma: "A la Familia está confiado el cometido de luchar ante todo para liberar las fuerzas del bien" (n. 23).

¿Qué significa "liberar las fuerzas del bien" sino mostrar ante el mundo lo grandioso de la Familia y del matrimonio? El llamado que hizo en la "familiaris Consortio": "¡Familia sé lo que eres!" (n. 17), hace parte de esta idea. Más aún, a las familias las invita a dar testimonio valeroso de su verdad: "Queridas

Familias: vosotras debéis ser también valientes, dispuestas siempre a dar testimonio de la esperanza que tenéis (Cfr. 1 Pe. 3,15)" (n. 18).

Ser lo que se debe ser, de acuerdo con el deseo y la voluntad de Dios, el Creador del mundo, es la mejor y más auténtica forma de poder liberar las fuerzas del bien. Este testimonio nace de la sana y tranquila conciencia de saber que se está haciendo lo que Dios quiere y no lo que nosotros queremos.

Estamos celebrando, bien lo sabemos, el Año internacional de la Familia. La Organización de las Naciones Unidas, institución de la cual surgió hace años la idea, elaboró un logotipo para esta celebración que explica así: el logotipo "representa un corazón, protegido por un techo, vinculado con otro corazón, como símbolo de la vida y el amor en un lugar donde hay calor, afecto, seguridad, solidaridad, tolerancia y aceptación. El diseño es abierto para indicar la continuidad, a la vez que una **ligera incertidumbre**. El trazo, con su techo lineal abierto, completa un símbolo abstracto que representa la **complejidad de la familia**" (ONU, 1994 Año Internacional de la Familia, "Erigir la democracia más pequeña en el corazón de la sociedad", pg. 1).

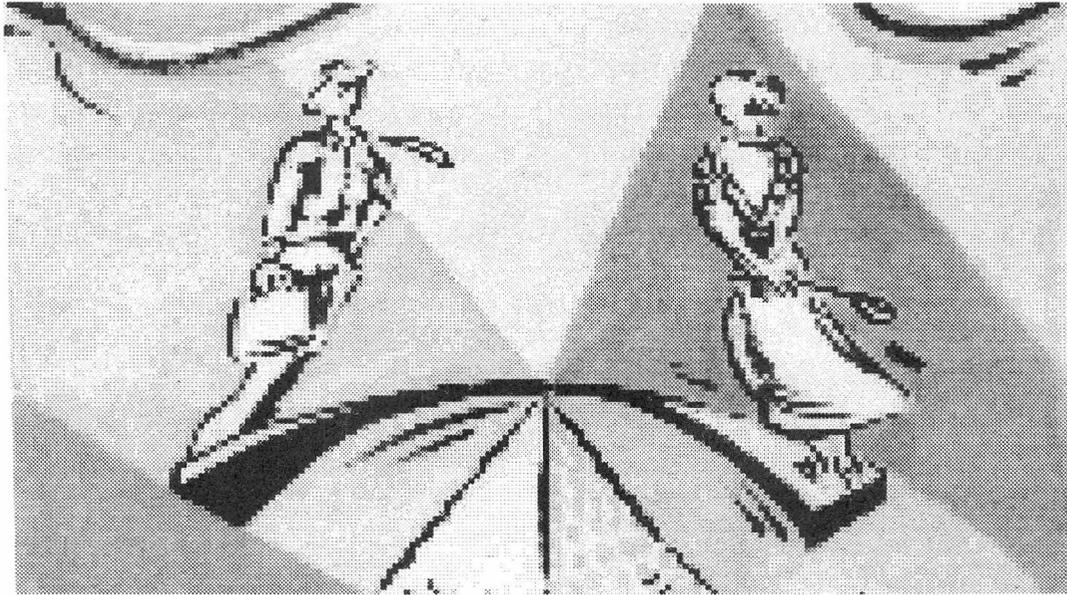
El cristiano, el creyente, todos nosotros, hemos puesto la confianza en Dios, y sabemos, y estamos plenamente convencidos, de que el plan del Creador respecto de la Familia no contempla una incertidumbre, como algo que puede estar llamado a terminar, sino, por el contrario, la perennidad con la certeza de un

triumfo, de una victoria contra las fuerzas del mal. La Familia no puede desaparecer. El mundo, la humanidad entera, tendrán que reconocer nuevamente el valor y la necesidad imprescindible de la Familia. Por otra parte, tenemos, el riesgo de imitar a los discípulos en la falta de confianza y de fe en el Señor: "hombres de poca fe" (Mt. 8,26) les decía Jesús cuando, mientras dormía, la barca amenazaba

hundirse por la tormenta. Hombre de poca fe, sin esperanza, se nos puede llamar a nosotros si ante el embate de las fuerzas del mal contra la Familia nos desesperamos y dejamos de luchar por defender su dignidad y sus valores.

La esperanza no defrauda si está puesta en la verdad de Dios. La Familia hace parte de su verdad. Recordemos aquello de San Pablo: "Si le somos infieles, El permanece fiel; no puede El (Dios) desmentirse a sí mismo" (Tim. 2,13). Por eso no falta, no podía faltar, en esta Carta del Papa a las Familias del mundo, una voz de

**HAY UN LLAMADO A LA
ESPERANZA EN UN FUTURO
MEJOR: A LAS FAMILIAS, A LOS
ESPOSOS QUE A LO LARGO DE
SUS AÑOS HAN SABIDO VIVIR EN
LA FIDELIDAD Y EL AMOR, PARA
QUE PERSEVEREN EN SU CAMINO
HACIA LA PERFECCIÓN DE SUS
VIDAS, COMO UNA RESPUESTA A
SU VOCACIÓN;**



esperanza y de aliento. No todo está perdido pues "El Esposo está con vosotros" y conduce la Familia "por sendas que no son escarpadas e insidiosas como las de muchas ideologías contemporáneas" (n. 18).

La tormenta que cae sobre la Familia, estamos seguros, un día terminará, aunque sabemos que lo que dice el libro del Apocalipsis: "Se enfureció el dragón contra la mujer y se fue a hacer la guerra contra el resto de su descendencia, a los que guardan los preceptos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús" (Aploc. 12, 17), es una realidad actual y se manifiesta de tantas y diversas maneras en todos los eventos y circunstancias que buscan minar la estabilidad y la fuerza de la institución familiar. Las fuerzas del mal siempre buscarán alejar el hombre de Dios, pero sabemos, sin lugar a dudas, que Dios está de nuestra parte.

Hay un llamado a la esperanza en un futuro mejor: a las familias, a los esposos que a lo largo de sus años han sabido vivir en la fidelidad y el amor, para que perseveren en su camino hacia la perfección de sus vidas, como una respuesta a su vocación;. "Es necesario rezar -dice el Papa- para que los esposos amen su vocación, incluso cuando el camino resulta difícil o encuentra tramos angostos y escarpados, aparentemente insuperables" (n. 14).

A los jóvenes y a los que se preparan para el matrimonio, una voz fuerte, llena como siempre de fe y de confianza en Dios les es dirigida. Cuando el Santo Padre visitó Colombia en 1986, hablando a los jóvenes de la vocación al sacerdocio les decía: "¿Sería ilícito tener miedo a la palabra, a la llamada de Dios? ¡No! . Se puede temer la debilidad humana, pero la llamada que viene de Dios,

nunca" (Homilía Eucaristía de Ordenaciones sacerdotales. Medellín, Julio 5 de 1986, n.4). También a las familias y a los jóvenes que sienten legítimamente la vocación al matrimonio, como un llamado de Dios a un estilo de vida particular (cfr. L.G., nn. 11,35), les dice": "¡No tengáis miedo de los riesgos!

La fuerza divina es mucho más potente que vuestras dificultades! (...) El Buen Pastor está hoy con vosotros como motivo de esperanza, fuerza de los corazones, fuente de entusiasmo siempre nuevo y signo de victoria de la "civilización del amor". Jesús, el Buen Pastor, nos repite: no tengáis miedo" (n.18).